

Por lo tanto, también está claro que el combate continúa. Como lo declaró nuestro Superior, Monseñor Fellay, **si tenemos que optar entre la fe y un compromiso, la elección ya está hecha: no habrá compromiso.**

Dios puede ciertamente cambiar las circunstancias y colocarnos en una situación distinta. Esa es nuestra firme esperanza. Pero la realidad actual es lo que es.

4º El Sagrado Corazón, un Corazón reparador.

Por último, el Sagrado Corazón de Jesús es también, esencialmente, el Corazón del Redentor, un Corazón de reparación. Santa Margarita María dice que Nuestro Señor le mostró que hay dos santidades, la santidad del amor y la santidad de la justicia, y que las dos son exigentes, estrictas, cada una a su manera.

Hay una doble santidad y reparación: una a la justicia, y otra a la caridad; y el sacerdote debe ofrecerse a sí mismo con Nuestro Señor en reparación y por la redención de los hombres. Nuestro Señor mismo dio a sus apóstoles esta regla de oro cuando dijo: «*Por ellos Yo me santifico a Mí mismo, a fin de que también ellos sean santificados en la verdad*» (Jn. 17 19).

Esa debe ser nuestra actitud hacia quienes son miembros de la familia de la Iglesia, las autoridades. Es la solución a los errores y a las debilidades que denunciamos. La clave está en nuestra verdadera identificación al Corazón Sacerdotal de Jesús.

Como dice San Juan, debemos creer en el amor, en el amor de Nuestro Señor; debemos confiar en la ayuda poderosa de su gracia; debemos responder al amor mediante el amor, al don mediante el don de nosotros mismos, al sacrificio mediante nuestro propio sacrificio. Este es el camino de la redención y de la restauración.

Conclusión.

Vayamos al Corazón Inmaculado de María, al Corazón de una Madre, lleno de amor, de bondad, de misericordia, de constancia y de paciencia, como puede serlo el amor de una madre. Su Corazón es el camino más seguro, más perfecto y más corto para ir al Corazón de Jesús.

**¿Cómo puede querer morir por Dios
quien no quiere vivir según Dios?**

San Francisco de Sales

© Seminario Internacional Nuestra Señora Corredentora
C. C. 308 – 1744 Moreno, Pcia. de Buenos Aires

FOTOCÓPIAME – DIFUNDEME – PÍDEME a: hojitasdefe@gmail.com

Hojitas de Fe

Credidimus caritati

148

14. Monseñor Lefebvre

El Sagrado Corazón de Jesús, modelo de la espiritualidad sacerdotal

*Sermón de Monseñor Alfonso de Galarreta en el Seminario de Winona,
el 3 de junio de 2016, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús*

Hoy es un día de alegría, de una noble y profunda alegría cristiana. Es el día de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, nuestro ideal sacerdotal. Y nos hallamos todos reunidos en torno al altar, a fin de conferir las órdenes sagradas del sacerdocio y del subdiaconado.

Sacerdos alter Christus: el sacerdote es otro Cristo, que, por el sacramento de la Eucaristía, perpetúa la presencia y la acción de Nuestro Señor, el Sumo Sacerdote eterno. *En cuanto sacramento*, la Eucaristía perpetúa la Encarnación, la presencia de Nuestro Señor entre nosotros; y *en cuanto sacrificio*, perpetúa la Redención, la cruz de Nuestro Señor.

El Sagrado Corazón de Jesús es el objeto de la predicación y del apostolado del sacerdote. Pero al mismo tiempo es también la forma y el modelo de la espiritualidad y de la actividad sacerdotales.

1º El Corazón sacerdotal de Jesucristo y los tres poderes del sacerdote.

San Pablo quiere que conozcamos los tesoros insondables de la sabiduría, de la ciencia, de la santidad y de la caridad que se esconden en el Sagrado Corazón de Jesús. Nuestro Señor mismo nos revela los misterios de su Corazón sacerdotal cuando dice: «*Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*» (Jn. 14 6). No *un* camino, *una* verdad o *una* vida; sino *el* camino, *la* verdad y *la* vida.

San Agustín dice que Nuestro Señor es el Camino *en cuanto hombre*, y la Verdad y la Vida *en cuanto Dios*. Por este motivo Nuestro Señor es a la vez la patria y nuestro camino hacia la patria.

1º *Nuestro Señor es el Camino*, porque nadie puede ir al Padre sin pasar por Jesucristo. Es el Camino, porque es el Sumo Sacerdote y el único Mediador, que reconcilia a los hombres con Dios. Es el camino por su Sacerdocio, por su Realeza y por su Iglesia, que es la única Esposa y el Cuerpo místico de Cristo. No hay otro medio para ir a Dios.

2° **Nuestro Señor es también la Verdad**, la Sabiduría encarnada, la Luz sin tinieblas, sin errores ni mentiras: «*Yo he venido al mundo para dar testimonio de la verdad; todo el que pertenece a la verdad escucha mi voz*» (Jn. 18 37). Nuestro Señor murió en la cruz para dar testimonio de esta verdad. El es la fuente de toda verdad.

3° **Es asimismo la Resurrección y la Vida**: «*Yo he venido para que mis ovejas tengan la vida, y la vida en abundancia*» (Jn. 10 10). Nuestro Señor es la vida sobrenatural de las almas por su gracia, virtudes y santidad; y por su sacrificio, que es la fuente de todas las gracias y de toda santidad.

La prueba de que el sacerdote es el apóstol del Corazón de Jesús reside en la correspondencia que hay entre lo que aquí nos enseña Nuestro Señor y los poderes recibidos por el sacerdote en el momento de su ordenación. El sacerdote tiene un triple poder:

1° La **potestas regendi**, el poder de gobernar, de regir las almas por el camino que es Nuestro Señor Jesucristo.

2° La **potestas docendi**, el poder de enseñar la verdad, nada más que la verdad, la verdad íntegra y sobrenatural.

3° Y la **potestas sanctificandi**, el poder de comunicar la gracia a las almas y de santificarlas en Nuestro Señor Jesucristo, el poder de ofrecer el Santo Sacrificio de la Misa.

Al contemplar estos tres poderes y su relación con los tesoros del Sagrado Corazón, tenemos la prueba de que *la solución a la crisis actual de la Iglesia reside en el sacerdocio católico*, en su santidad y fidelidad.

2° El relativismo doctrinal que reina hoy lleva al relativismo moral.

El espíritu liberal y modernista que ha penetrado en la Iglesia se opone a Nuestro Señor y a su acción. Nuestro Señor es el Camino, pero la libertad religiosa disuelve la Realeza social de Cristo. La Iglesia es el único camino de salvación, pero el espíritu modernista lo relativiza y conduce al indiferentismo religioso.

La situación en la Iglesia es clara: tenemos que vérnoslas hoy con un relativismo doctrinal y dogmático, que a su vez lleva a un relativismo moral, y desemboca en la aceptación y promoción del pecado, del escándalo.

Un ejemplo claro de esta situación es la *cuestión de la comunión a los divorciados supuestamente «vuelos a casar»*. Hay una nueva actitud de la Iglesia respecto a estas uniones «de hecho», incluso respecto de uniones contra natura. Es una situación inverosímil, directamente opuesta a Nuestro Señor, que es el Camino, la Verdad y la Vida.

Si las autoridades eclesíásticas han llegado al punto de llamar *bien* a este mal, es porque antes han llamado *verdad* al error. Forma parte de un todo: en todo eso hay una coherencia, una lógica, un nexo de causalidad.

Nuestro Señor nos enseñó que al árbol se lo reconoce por sus frutos, y que un árbol bueno produce frutos buenos (Mt. 7 16-17). Por lo tanto, si el fruto es amargo, si está podrido, si es una incitación al pecado, es con toda certeza porque proviene de un árbol malo. Y si el árbol es malo, es porque era mala la semilla.

El problema que hoy vemos en la Iglesia no es sólo el de las consecuencias malas: todo el período posconciliar ha sido un mal árbol, que estaba íntegramente contenido en potencia en su semilla, el concilio Vaticano II.

Si hoy nos vemos confrontados al escándalo de la comunión de los divorciados «vuelos a casar», es en razón de la legislación y de la práctica posconciliares, que permitieron la inversión de los fines del matrimonio, debilitaron su indisolubilidad e introdujeron el personalismo, inventando un nuevo bien del matrimonio: *el bien personal de los esposos*.

Todas estas doctrinas que, desde ya hace años, han entrado en la Iglesia, están contenidas en el Concilio, en *Gaudium et Spes*, que establece dichos principios. Y cuando el papa actual permite todas estas cosas, nosotros no hacemos más que constatar el desarrollo homogéneo del error.

3° Si tenemos que elegir entre la fe y un compromiso, la elección ya está hecha: no habrá compromiso.

Al mismo tiempo, estamos asombrados de que no haya reacción general en la Iglesia contra estas medidas, de que no haya un grupo de obispos o de cardenales que se opongan públicamente a este escándalo. Lo cual muestra la gravedad del modernismo, que primero desarma los anticuerpos, para hacerlos desaparecer luego.

Aunque haya algunas mejoras, una cierta disolución de este espíritu modernista, respecto de nosotros es siempre lo mismo: para ser reconocidos, debemos aceptar las novedades conciliares...

No hace mucho, el papa Francisco se vio obligado a corregir las declaraciones de Monseñor Pozzo, precisando que era posible un reconocimiento de la Fraternidad San Pío X, pero solamente a condición de que ella reconozca previamente el concilio Vaticano II, porque «tiene su valor».

El superior jerárquico de Monseñor Pozzo, el cardenal Müller, explica que, para ser católico, hay que aceptar el papa y el Concilio, y que la libertad religiosa, el ecumenismo, etc., son elementos de la doctrina común, esto es, que pertenecen al dominio de la fe. Compara este caso con la Resurrección de Nuestro Señor, que es una verdad de fe, aunque no haya sido explícitamente definida. Y concluye diciendo que no es disparatado reclamar el reconocimiento del Concilio, ni debería ser un obstáculo insuperable para la Fraternidad San Pío X. De hecho, este reconocimiento sería precisamente lo que nos conduciría a la «plena comunión», una comunión en el error. Así pues, está claro que la condición para ser reconocidos es la aceptación del Concilio y de las reformas posconciliares.